



ENSUEÑO, cuadro de Pedro Saenz

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

## DEVOCIONARIOS Y ROSARIOS

¿Habéis fijado la atención alguna vez en esos objetos que son de devoción y de adorno juntamente? Se os ha ocurrido observar cómo transforma la moda, que en todo se mete y no deja quieta cosa alguna, lo que más perenne é inimitable debe ser, y cómo se diferencian los rosarios y los devocionarios antiguos de los actuales.

El devocionario no es sino el arcaico horario ó misal, reducción del enorme códice con miniaturas donde se contenían los Evangelios, y que necesitaba atril. Los horarios eran idealmente hermosos antes de que los echase á pique la invención de la imprenta. Sus páginas de vitela, de un suave blancor amarillento, estaban bordadas por el infatigable pincel del miniaturista; cada letra era una malla de encaje, cada capital una estrella, y las orlas y láminas otros tantos prodigios que hoy se buscan y estiman y admiran, y también se imitan ¡ay! desgraciadamente. El horario era algo personal; cada devoto lo bastante rico para darse el lujo de poseer y manejar ese objeto de arte, que se heredaba como los tapices y las joyas, lo hacía á su gusto y le comunicaba su espíritu. El misal de cierto monarca demasíadamente inclinado á galanteos, contenía una serie de representaciones de las penas que en el infierno se aplican á este pecado. Después de la esbelta castellana iba el paje con el horario, y en sus hojas más ó menos fatigadas del contacto de los dedos, blandas ya con esa blandura suave y amorosa de la vitela, podía adivinar, por los pasajes preferidos, las ideas y preocupaciones de su dueña, las tristezas secretas que embargaban su corazón.

Desde que la imprenta, apresurada y brutal, sustituye al paciente amanuense y al delicado iluminador, el horario empieza á perder su poesía... Al principio todavía es una mezcla de los dos sistemas: las minúsculas son impresas, las mayúsculas miniadas, hasta que la máquina se apodera de las mayúsculas también. Confieso que gran parte de la ilusión del famoso horario regalado por D. Juan Tenorio á doña Inés, y en el cual se encierra la incendiaria carta — el filtro envenenado que abrasa la mano de la incauta novicia — se me desvanece, al pensar que tal horario no era miniado y manuscrito, aunque tuviese «manecillas de oro.»

En el día, la transformación del devocionario indica un regreso hacia las épocas mejores de este objeto religioso. Los de rezo habían llegado á ser, de todos los libros, los más toscos y prosaicos. Su tipo de letra basto y desgastado por las tiradas á millares, sus orlas vulgarísimas, eran deshonor de la tipografía y horror de los inteligentes. El texto, por ley natural, descendía también. Poseo devocionarios españoles de mediados del siglo, que reemplazan las sublimes preces de la liturgia con otras chabacanas y de bajísimo estilo, compuestas sin duda por algún sacerdote más devoto que docto. El devocionario se había aplebeyado, y su papel de ínfima clase, sus cantos amarillos, á lo pedestre de su texto y á lo detestable de sus láminas. Repito que hoy se nota una reacción favorable á la belleza del devocionario, el cual ciertamente debía ser la prenda de más valor que toda mujer católica aspirase á guardar en sus armarios, pues ninguna se presta tanto al decorado lujoso; cuando menos, debería costar un devocionario lo que un regular brazaletes ó una peineta de diamantes.

Hoy los libros de devoción — sean misales, semanarios, oficios de la Virgen, horarios (de éstos hay pocos, pues los seglares ya no rezan horas), oficios de difuntos ó Ejercicios ignacianos — lucen una impresión más esmerada, mejor gusto en la selección de láminas y viñetas. Las hay que reproducen cuadros clásicos, de Murillo y Rafael; las hay que imitan las pinturas primitivas, los dípticos y trípticos de Angélico y Van Eyck, con su colorido. La forma de los libros también ha ganado: prolongada y esbelta, se adornan las tapas con remates de metal que aspiran á tener estilo, y recuerdan las manillas y cantoneras góticas, ó los ricos esquinales del período del Renacimiento.

Por desgracia, los devocionarios de pretensiones artísticas, en su mayor parte están invadidos por el cinc y el pseudo-piel de Rusia. ¿Cómo explicar lo antipático y *anti-religioso* de estas dos materias? El cinc ó simili bronce es una plaga, una úlcera de la vida moderna. En quinqués, candelabros, arañas, estatuas, ornato de muebles, crucifijos, benditeras, cofres, jarrones..., en todo se encuentra este pestífero metal, tan grosero, tan deleznable, tan refractario á la línea elegante que parodia. Si el cinc me repugna, tampoco soporto el níquel en los devocionarios, ni aun el acero; los devocionarios, ó deben ser sencillísimos, lisos, sin zarandajas ni arrequives, ó deben tenerlos de plata. Por lo que hace á la piel de Rusia, es la cifra de lo moderno y de lo archiprofano. Cuando el aire nos trae en sus alas una bocanada de piel de Rusia, inmediatamente evocamos la idea de la petaca bien rellena de *londres*, con su monograma de oro que supera una corona heráldica, ó de la cartera provista de tarjetas y billetes de Banco, y en cuya bolsa más recóndita se alberga una linda fotografía de mujer. No; la piel de Rusia no se amalgama bien con el perfume del incienso. El recogimiento, si lo hay, se disipa al aroma de esa piel ya algo cursilona, próxima á entrar en sus categorías más inferiores de imitación, dentro de la industria popular á real la pieza. Porque la piel de Rusia, ó lo que llaman así en el comercio, es demasiado barata, se ha propagado mucho, y los devocionarios del olorillo consabido se pueden adquirir á precios módicos. — La mujer verdaderamente refinada se dedicará á buscar una de esas pieles antiguas, preparadas y curtidas por los árabes, que son inalterables y flexibles, y con ella encuadernará sus libros de rezo. Y la que no quiera refinamientos, se contentará con el humilde *Eucologio* sólidamente empastado, de letra gruesa, de respetable tamaño — cosa seria y austera, que respira piedad y formalidad.

En cuanto al rosario, ¡qué escala tan variada recorre, desde el opulento rosario de perlas engarzado en oro, hasta el pobrecillo de huesos de aceituna pasados por un cordel, regalo habitual de los franciscanos que vuelven de Tierra Santa! De la Edad Media apenas se conservan rosarios; en cambio, en el siglo XVII, en España, el rosario es una prenda usual, como lo fué después la tabaquera: se lleva á todas horas, y los señores graves y las dueñas haldudas y de repulgadas tocas echan al cuello el rosario de cuentas gordas como avellanas — hay autores que escriben *como nueces*, pero tengo para mí que será una exageración. — Retratos de gollilla he visto en Museos y casas de anticuarios, que, como el de Felipe II, están en actitud de pasar las cuentas del rosario devotamente.

Nuestras abuelas, que usaban mantilla, no prescindían del rosario, no ya al cuello ni á la cintura, sino arrollado á la muñeca: un brazaletes bonito y airoso, con sus medallas y crucejillas que lo remataban, no sin gracia. El rosario de oro, el abanico de nácar ó de sándalo, la mantilla de blanca, son elegancias que nos han parecido añejas, y que hoy, pen-

sándolo mejor, se nos figuran exquisitas. Los rosarios más primorosos de esa época solían ser de oro cincelado, muy sutiles: habíalos también de recia pedería, y no dejaban de estilarse unos dieces que llamaban *camándulas*, que eran de marfil y tenían al extremo una calavera, de un realismo violento, que por el otro lado era la Santa Faz de Jesucristo. Estos dieces no se arrollaban á la muñeca, sino que se enganchaban al dedo meñique por un aro ó sortija de plata.

Dos grandes depósitos de rosarios he visto en el mundo: Lourdes y Roma. En Lourdes, debo declararlo, todos los rosarios son feos. El industrialismo francés, que en Lourdes se ve en su más alta expresión, no tiene buen gusto, en los rosarios de Lourdes se olvida de su prurito de agradar. El rosario clásico de Lourdes, la gran corona de quince dieces, de madera trabajada toscamente, y de cuentas gordas, no ya como nueces, sino como razonables ciruelas claudias, es el único que me parece simpático, pues representa bien el aspecto montañoso y salvaje de aquellas gargantas imponentes: labor de pastorcillo, hecha con navaja, á la sombra de un roble. — Roma ha conservado sus tradiciones de metrópoli del arte hasta en los rosarios: el rosario más sencillo, más barato, más ascético, procura en Roma revestirse de colores atractivos. En los rosarios algo costosos ya se nota ese encanto colorista de los objetos traídos de Oriente, de países donde todavía no se perdió el sentido de la nota pintoresca y de la fisonomía expresiva de las cosas. No he visto emplear en otra parte, para rosarios, las materias que en Roma: diríase que no se encuentran sino allí, especialmente ciertas ágatas y cornalinas que ellos llaman *pietre dure*, y de las cuales labran también camafeos, cajitas y sellos. Entre estas *pietre dure* hay dos muy lindas, conocidas por «rojo antiguo» y «verde antiguo» — esta última creo que será una variedad de la serpentina, — que adquieren un pulimento encantador. Aparte del rojo y del verde, hay otras innumerables. La malaquita, el ónice, la amatista, el cristal de roca, el coral sanguíneo, el coral rosa, el coral blanco, el granate, el ágata amarillo, el ojo de gato, el zafiro, la calcedonia, la venturina, el jacinto de Compostela, la madreperla, el alabastro, se tallan en facetas ó se pulen en esferitas para los rosarios. Algunos de ellos, por gracioso capricho, son de todas estas piedras mezcladas y hacen un efecto pintoresco hasta lo sumo.

No es indiferente que los objetos religiosos sean bellos, y que por su belleza nos atraigan y se nos hagan familiares y queridos. El hombre — sobreentiéndase la mujer — es un ser que necesita que lo conduzcan á lo bueno por todos los medios. «Somos — dice Pascal — autómatas, á la vez que espíritus; la costumbre nos guía y nos conduce á todo; la costumbre inclina al autómatas, y éste arrastra al espíritu sin que lo advierta. Hay que preparar la máquina.» No es el mejor medio de preparar la máquina á las prácticas religiosas el que todo lo relacionado con la vida devota sea horrible, basto, ordinario, ó lúgubre y triste. El cuidado y esmero en adornar el misal y en hacer del rosario una joya prueban el lugar que ocupaba en el alma la religiosidad. No me puedo resignar á que hoy las mantelerías de comer se adornen con encajes soberbios y cuesten miles de pesetas, y en los manteles de altar se introduzca el encaje de algodón y el tul barato.

Así es que estos días de Semana Santa, en la calle, sin querer, miro hacia los rosarios y los devocionarios, más que hacia los flamantes trajes de seda brochada y terciopelo negro y hacia las mantillas que sólo en Jueves y Viernes santo ven el sol, dejando su prisión alcanforada.

Un rosario fino, una medalla con diamantes, un libro rico y serio, me atraen y me hacen formar buena idea de la que los luce. También me interesan los libros muy usados viejos y pobres — por otro concepto. — ¡Qué de consuelos, qué de diálogos del alma con el *misal* allí representan esos libros humildes, que aprieta contra el pecho una mano desecada por la edad, rugosa, temblona y muchas veces desfigurada por el trabajo! Todas las mañanas ese libro ha sido un bálsamo, todas las noches sus palabras se han grabado en el cerebro para proporcionar un sueño dulce, después de la fatiga y la labor, ó después de dolores y padecimientos difíciles de sufrir. Abridlo y veréis que entre sus páginas conserva á veces la flor suelta de una coronita fúnebre, una carta gastada por los dobleces, del hijo ausente, la estampa del corazón de Jesús, la papeleta de comunión..., y ¡quién sabe si la de empeño de un mantón raído, último baluarte contra el frío del invierno! «Venid á mí los que estáis cargados de tribulaciones, y yo os aliviaré,» dice á cada párrafo ese libro que no vale dos reales, bisunto, blancuzco por las esquinas, el misal de la criada de servir ó de la jornalera... — EMILIA PARDO BAZÁN.